

SAN IGNACIO DE LOYOLA EN LOS VERSOS SACROS DE D. LUIS DE GÓNGORA

MIGUEL CASTILLEJO GORRAIZ
ACADÉMICO NUMERARIO

En este año 2001 se cumplen quinientos diez años del nacimiento de uno de los santos más influyentes y renovadores en el seno de la Iglesia Católica, Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, cuya autoridad y trascendencia ha marcado profundamente algunos aspectos claves de la misión apostólica. Si resulta exagerado afirmar que la Iglesia benedictina en el Medievo se convierte en jesuita a partir del Renacimiento, no deja de ser verdad que la Compañía de Jesús estaba llamada a desempeñar un papel extraordinariamente decisivo en los siglos siguientes.¹

Ignacio nace en el año 1491 en el señorío de Loyola, un lugar situado en la parte de la Cantabria española que hoy tiene el nombre de Guipúzcoa. Habría de ser el menor entre ocho hijos y tres hijas de una familia noble. Su padre, primogénito y cabeza de una estirpe antigua e ilustre, ocupaba uno de los primeros lugares entre la nobleza del país. El pequeño, mimado por todos, manifestó prontamente un genio vivo y una pasión ferviente por la gloria, hasta tal punto que su padre decidió enviarlo a la corte.

La ociosidad de palacio no llenaba las aspiraciones del joven Ignacio, atraído por la fascinación de las armas. Pronto dio pruebas de su valor como soldado y de su carácter altanero e intrépido, hasta el extremo de acabar malherido defendiendo el castillo de Pamplona, llevándolo tan graves lesiones a poner en peligro su vida. En el tiempo de convalecencia, pidió novelas e historias de caballerías para entretenerse pero no habiéndose encontrado en toda la casa más libros que la biografía de Cristo y algunas de santos, estas lecturas calaron tan hondamente en el espíritu del guerrero que su terca arrogancia se mudó en severa conversión y arrepentimiento.

A partir de entonces, rechazó toda comodidad y agasajo, se vistió con tela de saco y se ciñó un doloroso cilicio, afectó rusticidad y grosería para ocultar su nobleza, mendigó un bocado de pan de puerta en puerta, sirvió a los enfermos en los hospitales, sufrió con resignación el escarnio de los libertinos, ayunó días y días a pan y agua pasando en oración la mayor parte de la noche, castigó rigurosamente su cuerpo con azotes y austera penitencia: todo para corregir su conducta desviada y altiva, para expiar la torpeza de sus graves pecados.

La obsesión de Ignacio por apartar de él esta mácula infausta del mal lo llevó a arrastrarse a los pies de un monje de santidad reconocida. Tras escuchar las inflamadas palabras de perdón del joven, el santo varón temió por su vida. Ignacio aparecía transido,

¹ Cf. CASTELLA, C., *Historia de los Papas*, t. II, Madrid, Espasa-Calpe, 1970, 23.

a punto de expirar, tal era la aflicción con que manifestaba su dolorido sentir por haber pecado. Nunca encontraba límites para extremar su penitencia. Si la tentación lo abrumaba, reprimía sus ansias castigándose con absoluto ayuno, dedicado exclusivamente a la conversión del pecador y a la práctica de la perfección cristiana.²

Góngora recoge perfectamente este carácter catártico en la composición dedicada a san Ignacio con motivo de su beatificación en el año 1609. Don Luis participará en las justas poéticas celebradas en 1610 en Sevilla con motivo de este capital acontecimiento. En la ciudad hispalense mantuvo con el padre Pineda, censor de las justas, una encendida confrontación porque éste había considerado de superior mérito el poema de otro de los autores participantes. El racionero esgrimió con inmediatez sus enardecidos versos:

*¿Yo en justa injusta expuesto a la sentencia
de un positivo padre azafranado?*³

En el poema se apela a la paciencia del santo Job para soportar lo que él considera un desatino y se juega con el apellido de Pineda con claro sesgo irónico.

La composición atribuida a Góngora culmina con una elocución tan divertida como lancinante, propia de su combativa naturaleza y su aguzado ingenio:

*No más judicatura de teatino
cofre, digo, overo, con bonete,
que tiene más de tea que de tino.*⁴

Aunque no consta el nombre del ganador en esta justa poética, es posible que recayera tal galardón en otros conocidos poetas de la época, Juan de Jáuregui o Juan de Arguijo, que igualmente aparecen en la relación de participantes.⁵

Se conoce bien la simpatía de Góngora hacia los jesuitas, pudiendo descubrirse, no sin cierta dificultad, la razón y las huellas de su contacto con la Compañía de Jesús.⁶

Antiguo alumno, el poeta aprendió primeras letras y se inició en el estudio de los clásicos en el Colegio de Santa Catalina de Córdoba.⁷

Con la ayuda del padre Antonio de Córdoba, hijo de los marqueses de Priego, este colegio fue fundado en 1533 por san Francisco de Borja -a quien Góngora dedica otra de sus más fervorosas composiciones.⁸

² Para los datos de la biografía, véase *Año Cristiano*, t. IV. Madrid. Establecimiento tipográfico de Manuel Rodríguez, 1876, 178-183.

³ Véase Salvador Loring, S.J., *La poesía religiosa en D. Luis de Góngora*. Córdoba, Centro de Estudios de Humanidades de la Compañía de Jesús, 1961, 4.

⁴ Poema atribuible a Góngora, en la edición de Juan e Isabel Mille (Recopilación, prólogo y notas), titulada *Luis de Góngora y Argote. Obras Completas*. Madrid, M. Aguilar, editor, 1943, LXIII.

⁵ Véase Francisco de Luque Fajardo. "Relación de las fiestas que se hizo en Sevilla a la beatificación del glorioso San Ignacio". Sevilla, 1610.

⁶ Cf. S. Loring, *La poesía religiosa...*, 4.

⁷ Estos datos están recogidos en la biografía de Miguel Artigas, "Don Luis de Góngora y Argote", Premio de la Real Academia Española, Madrid, 1925.

⁸ El poeta firma las octavas dedicadas a san Francisco de Borja en 1624 y será la última composición de carácter sacro que el poeta escriba antes de su muerte acaecida en 1627. *Obras de don Luis de Góngora. Manuscrito Chacón*. (Introducción de Dámaso Alonso. Prefacio de Pere Gimferrer), t. I. Málaga, Real Academia Española, Caja de Ahorros de Ronda, *Biblioteca de los Clásicos*, 1991, 96-97.

Aunque en las *Memorias del Colegio de la Compañía de Jesús en Córdoba*⁹ desde el año de 1553 hasta 1741, el autor de las *Soledades* no aparece como alumno,¹⁰ debió de estudiar en las aulas de alguna de sus sedes entre los años 1570 y 1575.¹¹

Este recuerdo permanecerá inquebrantable a lo largo de su vida, reflejándose más tarde en algunos de sus poemas. En el Panegírico al Duque de Lerma, Góngora escribía estos versos:

Iouen después el nido illustrò mio
 Redil ya numeroso del ganado,
 Que el siluo oyò de su glorioso tío,
 Pastor de pueblos bien auenturado:
 Con labio alterno, aun oy, el sacro rio
 Besa el nombre en sus arboles grauado.
 Tanta le merecio Cordoba, tanta
 Veneracion à su memoria sancta!¹²

Góngora designa a los jesuitas como ganado del glorioso san Francisco de Borja, tío del Duque de Lerma, por la relación afectiva que aquél mantuvo con la ciudad de Córdoba y el influjo incesante de su santidad. A Góngora le interesa destacar fundamentalmente la fortaleza de Ignacio frente al pecado y su deseo inmarcesible de velar por la virtud de hombres y mujeres. Muchos capítulos de su vida son referenciales de esta actitud perseverante que llevó al santo incluso a soportar vejaciones y daños materiales.¹³ La creación del soneto responde a un hecho puntual, la beatificación de san Ignacio, lo que adscribe el texto a la llamada “poesía de circunstancias”,¹⁴ pero su

⁹ Con este título el padre Antonio Astrain, historiador de la Compañía de Jesús en España, recoge un curioso manuscrito en dos tomos en el que se refería la historia del Colegio de Santa Catalina, perteneciente a la Compañía de Jesús en Córdoba, en el que se daban curiosas noticias acerca del Colegio de la Asunción y de varios personajes célebres de la misma ciudad. El autor de este manuscrito debió ser algún jesuita del siglo XVIII, morador de aquel Colegio. En aquel trabajo complejo se citaban documentos antiguos hoy lamentablemente desaparecidos. Véase el artículo del canónigo Rafael Gálvez Villatoro, “Memorias de el Colegio de la Compañía de Jesús, en Córdoba, desde el año de 1553 hasta 1741”, en el *Boletín de la Real Academia de Córdoba...*, 68, Córdoba, 1952, 45-64 (257-276).

¹⁰ Luis de Góngora tendría que estar en alguna relación ya que toda su vida se desarrolla entre estos años: 1561-1627, sin embargo no aparece su nombre en estas “Memorias...” ni presumiblemente en documentos anteriores, ya que el biógrafo Miguel Artigas lo hubiera destacado. Véase *ibidem*, 258 (46).

¹¹ Hemos de tener en cuenta que existían varios lugares de instrucción jesuítica: el Colegio de Santa Catalina en la Plaza de la Compañía, el de la Asunción en el lugar donde hoy se encuentra el IES Góngora, y cree el académico don José M^a Ortiz Juárez que estudiaría Góngora. Véase mi lección “La Educación, misión de la Iglesia: El Colegio de Nuestra Señora de la Asunción. El racionero Luis de Góngora y algunos contemporáneos cordobeses”, en *IES Luis de Góngora: Acto Académico con motivo de la Festividad de Santo Tomás de Aquino. Córdoba*, IES Luis de Góngora, 2000, 17. Salvador Loring en *La poesía religiosa...*, 4, habla del Colegio situado en las dos márgenes del río; y asimismo en el trabajo de Rafael Gálvez Villatoro, “Memorias...”, 47 (259), se dice que los colegiales se distribuían entre los colegios de la Asunción y San Pelagio.

¹² *Manuscrito Chacón*, “Panegyrico al Duque de Lerma”, t. I, 101. El poema está escrito en octavas reales y fechado en 1617. Véase Salvador Loring en nota anterior para comprender el verso “con labio alterno, aun hoy, el sacro río”.

¹³ En la página 714, del Año Cristiano, donde aparece la biografía del santo, se dice: “Hizo mucho ruido la reforma del convento de los Ángeles, cuyas monjas no vivían con la mayor edificación. Esto le granjeó el odio de los seglares que contribuían al mal ejemplo; moliéronlo a palos a él y al capellán del convento; éste murió de los golpes, y el Santo estuvo tan a los últimos, que escapó la vida por milagro”. En el texto se han realizado las correcciones pertinentes para adaptarlo a las reglas de la gramática actual.

¹⁴ En relación a este tema, remitimos al libro de Manuel Gahete, *La oscuridad luminosa*. En el capítulo titulado “Símbolos y tradiciones en la poesía sacra de Góngora: El paréntesis cíclico” (Córdoba, Junta de Andalucía/CajaSur, 1998, 39-40), se analiza este asunto.

concepción responde a un episodio biográfico del jesuita recreado por el aliento poético y el acervo culturalista del poeta.

Conociendo Ignacio que un amigo suyo mantenía una torpe amistad con una mujer y no habiendo conseguido nada con sus exhortaciones, el jesuita se informa del sitio por donde habría de pasar el amigo para llegar a la casa de quien causaba su perdición. Se detuvo a esperarlo cerca de un estanque casi helado por el rigor del frío y, cuando advirtió que pasaba, se arrojó intrépidamente en su cauce con el agua hasta el cuello, gritándole que allí permanecería sufriendo aquel frío riguroso, hasta que se apagase en su pecho el fuego de la pasión y aplacase la cólera del cielo. Atónito aquel hombre perdido, a vista de tan portentosa caridad, volvió atrás, y sólo pensó en hacer penitencia de sus culpas.¹⁵ El episodio queda transformado de manera evidente, aunque conserva los motivos capitales del arrepentimiento y la redención. En la noche tenebrosa y en mar airado, el bajel de un marinero ciego rompe contra los escollos, quedando a merced de la adversidad. No es más que la metáfora del pecador desconcertado, desorientado, perdido; más que ciego físico, incapacitado para ver en la oscuridad en que lo abisma el pecado, seducido por la tentación, lisonjeado por la dulce voz y el homicida ruego de una sirena mortal que lo desvía de su camino de salvación.¹⁶ Góngora de nuevo recurre a los motivos de la mitología y la epopeya clásicas. En la rapsodia XII de la *Odisea* homérica, el héroe griego Ulises, buscando la ruta marítima de regreso a Itaca, debe atravesar los dominios de Escila y Caribdis, amante e hija de Polifemo, convertidas por Zeus en seres monstruosos, cuyos cantos son mortales para aquéllos que las escuchan.

Por expresa voluntad, Odiseo es amordazado al mástil del navío donde viaja con sus compañeros. Con los ojos vendados, soporta hasta el desfallecimiento las dulces melodías de las terribles sirenas entremezcladas con las dolientes súplicas de su mujer Penélope invocando su regreso.

San Ignacio de Loyola, fervoroso y atento celador de las almas, siempre alerta, aparece como un faro guiador en la noche, fanal o lumbrera divina que arroja su luz sobre las aguas para conducir al marinero en la oscuridad. El bajel —el hombre— muda su orientación, su camino desviado, retornando a su rumbo, dejando atrás los escollos, las tentaciones, las lascivas voces que lo inducen a pecar, para alcanzar por fin el puerto amable de la vida del espíritu, conducido por la luminosa inspiración de Ignacio que difunde llamas vivas en las aguas muertas, que alienta la remisión del pecador iluminando la oscuridad, dando vida a lo que estaba muerto.

*En tenebrosa noche, en mar airado
Al traues diera un marinero ciego
De dulce voz, i de homicida ruego
De Syrena mortal lisonjeâdo
Si el fervoroso zelador cuidado
Del grande IGNACIO no ofreciera luego
(Farol diuino) su encendido fuego
A los crystales de un estanque elado.
Trueca las velas el baxel perdido,
I escollos juzga que en el mar se lavan
Las voces que en la arena oie lasciuas.
Besa el puerto altamente conducido*

¹⁵ Cf. *Año Cristiano*, 718.

¹⁶ Véase el libro de Manuel Gahete, *La oscuridad luminosa*, 36-37.

*De las que, para Norte suio, estauan
Ardiendo en aguas muertas llamas viuas.*¹⁷

El poema es altamente significativo y concierta muchos símbolos procedentes de la tradición literaria aunque ciertamente actualizados por la situación de crisis que se estaba viviendo en la época de san Ignacio, de la que serían herederos los contemporáneos de Góngora.¹⁸ Esa tenebrosa noche” que tanto nos recuerda, aunque por motivos muy diferentes, a la cárcel tenebrosa de Garcilaso y a la noche oscura de san Juan de la Cruz¹⁹ refleja muy bien, *mutatis mutandis*, la situación general de España en este momento, convulsionada por cismas y herejías brutales, alentada por el espíritu de la Contrarreforma que permitió la aparición de figuras tan señeras como la de san Ignacio de Loyola y su Compañía de Jesús. Ese “mar airado”, que no es más que el mar tempestuoso de Fray Luis de León, refiriéndose a las traiciones y vilezas del mundo,²⁰ nos pone en aviso de una situación amenazadora²¹ que promovió y favoreció el movimiento ascensional de la Contrarreforma.²²

Bastión fundamental de este ímpetu escolástico y ascético, muy penetrado por la devoción mística, puro en la doctrina, en la moralidad y en la organización, fue Ignacio de Loyola quien, tras pacificar su alma, disciplinado, endurecido, dueño de sí mismo, retorna al mundo para actuar y luchar en pro de la Iglesia.

Góngora conoce muy bien la personalidad del santo de Loyola. Su educación jesuítica y su formación religiosa ponen en valor la figura de Ignacio a quien convierte en el gran elegido para ser defensor a ultranza de la virtud, enseña de un espíritu barroco donde confluyen significativamente las grandes contradicciones del ser humano: místico y guerrero, jalonado por los duros contrastes españoles de calor y frío, de terrenalidad y fantasía, de voluntad e inteligencia; poseedor de una personalidad desenvuelta pero proclive a la acción comunitaria, emprendedor por naturaleza y de inmediato subordinado a la actividad de conjunto.²³

Un hombre perfecto para llevar a cabo la idea fundamental de unificación y robustecimiento del espíritu total de la Iglesia bajo la curia, preconizado sin reservas por el Concilio de Trento.²⁴

Si se estaba rompiendo la unidad de la Iglesia, había que restaurarla.²⁵ La

¹⁷ *Manuscrito Chacón*, “A la rigurofa accion con q’ S. Ignacio reduxo vn peccador”. VERSO AGENO: “Ardiendo en aguas muertas llamas vivas”. GLOSSA, 3. En muchos casos, este verso ajeno es creado por el propio poeta para justificar el sentido de la composición; en este caso, para esclarecer o poner de relieve las posibles zonas oscuras del oxímoron, procedimiento que consiste en unir dos palabras aparentemente contradictorias para dar un carácter inesperado a la expresión de una idea.

¹⁸ Los contemporáneos de Góngora (Córdoba, 1561-1627) estarían viviendo circunstancias muy parecidas a las que vivió San Ignacio (Loyola – Cantabria-1491 - Roma, 1556), dada la poca distancia temporal transcurrida entre ellos.

¹⁹ La tenebrosa cárcel del amor imposible por Isabel de Freyre, casada y fiel, que sufrió Garcilaso y la noche oscura del alma de san Juan buscando amanecer en el Amado son referentes indiscutibles pero no únicos de una larga tradición literaria que enfrenta constantemente la oscuridad y la luz.

²⁰ Léase la “Oda a la vida retirada” de Fray Luis de León, donde el autor abomina de las insidias mundanales y reclama la paz del campo y de la naturaleza, el *Beatus Ille* horaciano que, con buena fortuna, ha generado tantas influencias posteriores.

²¹ Sobre este asunto, remitimos a E. MARCKS, “La Contrarreforma en Europa Occidental”, en *Historia Universal. La Reforma y la Contrarreforma (1500-1660)*, dirigida por Walter Goetz, t. V. Madrid, Espasa Calpe, 1958, 246-258.

²² Véase *ibidem*, 247.

²³ Cf. *ibidem*, 250.

²⁴ Véase *ibidem*, 254.

²⁵ Cf. CASTELLA, G., *Historia de los Papas*, 16.

concentración de esfuerzos positivos para contrarrestar tantos conflictos y disensiones provocó un verdadero renacimiento eclesial que se manifestó en diversas formas con la creación de nuevas instituciones destinadas a mantener la disciplina establecida, enarbolando la virtud como enseña y testigo de una Iglesia armónica, defensora verdaderamente del amor cristiano y de los dogmas católicos.

Fervoroso celador de la virtud fue ciertamente San Ignacio, divino faro que alumbra en la oscuridad a los pecadores, como atestigua Góngora en sus versos. No hubo industria de que no se valiese para convertir los pecadores, incluso cuando tenía que enfrentarse a los vicios de los propios religiosos. Así se cuenta que conociendo las livianas costumbres de cierto sacerdote escandaloso, se echó a sus pies y le confesó sus culpas pasadas. Tal fue la impresión que causó al corazón del confesor la sensible contrición del penitente que, movido de aquel ejemplo, detestó sus pecados y mudó de vida.²⁶

Massillon,²⁷ en el siglo XVIII, confirmará este argumento clave de toda renovación religiosa: “La Iglesia no necesita grandes nombres, sino grandes virtudes, y grandes virtudes serán al mismo tiempo grandes nombres”.²⁸

En la constitución *Regiminis militantis ecclesia* de 27 de noviembre de 1540, el papa Paulo III autorizaba a san Ignacio y a sus compañeros la formación de la Compañía de Jesús. No podría entonces imaginar la grandeza de tal obra, la expansión universal de sus misioneros y su fundamental influjo en la educación,²⁹ cuyas directrices fueron marcadas por la doctrina y verdad de sus *Ejercicios Espirituales* iluminados por la oración, el amor y la fe *ad maiorem Dei gloriam*, divisa de acción que inspiró su proyecto regenerador y dirigió toda su vida.

El día 31 de julio de 1556, cuando contaba sesenta y seis años de edad, muere san Ignacio en la ciudad de Roma. La Compañía de Jesús, que había sido fundada sólo dieciséis años antes, estaba ya extendida por el mundo entero. Constaba de doce provincias y venía desarrollando su misión evangélica en no menos de cien colegios.³⁰ Cuando san Ignacio funda la Compañía de Jesús, ésta queda fuertemente asentada sobre las bases de la ascética, la oración y la vida interior. Su idea era, sin embargo, expandirla por el mundo. El ensimismamiento virtuoso no era suficiente, tenía que responder a la auténtica virtud del ejemplo, al proceso noble y notable que sirviera realmente para conquistar y transformar la sociedad de su tiempo, azotada por el naciente y próspero protestantismo, por la laxitud moral y de costumbres, por la denigración galopante de los valores humanos y cristianos.

En consecuencia, la reforma que postula san Ignacio no es una reforma dogmática, sino moral, disciplinar, una reforma de la vida.

El Concilio de Trento se distingue esencialmente por ser el heredero legítimo y el punto axial donde converge y se desarrolla todo un afán y movimiento de reforma, -*conversio cordis vel conversio vitae*- postulado y deseado fervientemente por toda la cristiandad -*tam in capite quam in membris*-, desde las mismas postrimerías de la Edad Media. La conversión es, pues, el vértice sobre el que gira y se asienta toda la vida de la Iglesia, en cuanto invitación permanente de Dios a vivir desde las exigencias del

²⁶ Cf. *Año Cristiano*, 718.

²⁷ Orador sagrado francés nacido en Hyers el 24 de junio de 1663 y muerto en Clermont el 18 de septiembre de 1742.

²⁸ La cita está sacada del libro de Castilla, *Historia de los Papas*, 22.

²⁹ En SANTOS CAMPAÑA, F. *Etimología, psicología e historia de tu nombre*. Córdoba, Cajasur, 1999, 513, se dice que los fines fundamentales de la Compañía de Jesús son la educación, la universidad y las misiones, y que su libro *Ejercicios Espirituales* tiene aún perenne actualidad.

³⁰ Cf. *Año Cristiano*, t. IV, 181.

Evangelio, a purificar, renovar y madurar la vida de fe, de esperanza y de amor, las tres virtudes teológicas que definen la vida cristiana.

La *conversio ad intra* es el paso ineludible para operar la *conversio ad extra* mediante el testimonio y la evangelización. Ésta es la clave evangélica que descubre San Ignacio de Loyola para operar la reforma que Dios y la Iglesia le exigen. Conversión y evangelización, dos retos constantes de la Iglesia de ayer y de hoy, en la que late incesantemente el ímpetu reformador de Trento y el carisma misionero del jesuita de Loyola, cuyo espíritu aletea y se expande con brío y fuerzas renovadas en este Tercer Milenio del Cristianismo, necesitado urgentemente de una Nueva Evangelización.

Occidente, forjado en el crisol de la fe cristiana, padece de la grave enfermedad mortal de la descristianización, propiciada por una secularización galopante de la vida en todas sus dimensiones.

Los ídolos del poder, de la riqueza y del placer introyectan un individualismo radical, un relativismo moral y un nihilismo conformista: carecer de fundados sentidos e ideales de vida. Por eso, el cristianismo termina reducido a episodios de la propia existencia, cada vez con menor influjo real, empobrecido bajo la presión amoldante del proceso secularizador. Éste es el contexto que justifica la reiterada insistencia del Papa Juan Pablo II en convocar a toda la Iglesia a una nueva evangelización, de la que el mundo actual tiene gran necesidad.³¹ Éste es probablemente el empeño que movió a Góngora cuando ejemplificaba como modelo de virtudes y luz guía del cristiano al fervoroso celador Ignacio. El Espíritu que guió a la Iglesia en Trento, y a Ignacio de Loyola en la reforma profunda y radical de la cristiandad, ha de ser guía también para los cristianos del siglo XXI en la nueva evangelización de Occidente. Dios, Padre del amor y de la misericordia, quiere que todos los hombres, atrapados históricamente por el pecado, se salven y lleguen al conocimiento de la verdad;³² esta verdad de la virtud que, con lenguaje deslumbrador y mágico, predicó Góngora en la figura de san Ignacio; la virtud que hace retornar a los hombres, perdidos y desorientados en la tenebrosa noche y el mar airado del mundo, a la luz de la vida, al camino del amor de Cristo, Señor de la Historia, *Redemptor hominis*, 'piedra angular' de la humanidad.

³¹ Christifideles laici, 34.

³² 1 Tim 2, 4.